Las botas de agua rojas

Sonia Arias de la Cruz

Image not found.

Capítulo 1

Decidí un martes ir por otro camino a la Universidad. Llevaba un año haciendo las mismas cosas, todos los días eran iguales, no pasaba absolutamente nada en mi vida, ni bueno ni malo y me pareció una buena idea empezar por ahí.

La calle estaba más empinada y era algo más lúgubre que el camino de costumbre. Estaba llena de charcos de la lluvia constante. Una señora asomaba su cabeza por la ventana, en bata y con los ojos recién abiertos; no parecía haber tenido dulces sueños.

En otra ventana se oía el ruido de cucharillas removiendo los vasos de leche de los niños y la voz de un padre diciendo que se dieran prisa porque iban a llegar tarde al colegio.

Hasta ahora, nada de peculiar en mi primer día de cambio. Los vecinos asomados en la ventana, madres y padres corriendo para llevar a sus hijos al colegio, un bar oliendo a café y a los primeros bostezos, nada diferente.

Pero más adelante, había una casa abandonada. La fachada desconchada, la pintura verde de la puerta gastada, las ventanas de madera carcomidas. Resultaba inquietante. Empecé a imaginarme que podría haber pasado allí dentro para que diera la sensación de haber sido un edificio abandonado a toda prisa. Los visillos estaban rasgados, se adivinaba algún cuadro en las paredes, incluso se podía ver un gran reloj de cuco desde la acera. Me recorrió un escalofrío cuanto más la observaba y más macabras hipótesis imaginaba. Qué tristeza que unas paredes que han vivido tanto, de pronto se encuentren solas y sin el calor del hogar. De pronto, en el último piso vi algo de color rojo entre tanta humedad y suciedad; era una flor creciendo en una grieta. Era fresca, brillante, algo verdaderamente hermoso que luchaba por sobresalir entre tanta miseria. Sonreí.

Decidí que mi siguiente cambio sería comprarme unas botas de agua de color rojo, algo brillante que destacara sobre la tristeza de mi otoño. Por algo siempre hay que empezar.

Capítulo 2

Un martes en las nubes eché sal al café y azúcar a la sopa. Se me cayó una taza, envié un email a quien no debía y me pasé de parada en el metro.

Estaba en babia total, creo que ni me peiné porque al verme en el cristal del vagón vi a una chica con el pelo alborotado, los botones del abrigo mal abrochados y unas ojeras inmensas bajo los ojos. No me reconocí.

Todo era gris, espeso. Lo único colorido que vi fue a la chica de las botas de agua rojas. Ya la había visto algún día más, en el mismo vagón, en el mismo asiento y siempre canturreando. Feliz. Al menos lo parecía. Desentonaba con el resto y sobre todo conmigo, que no era más que un harapo de piel y huesos a la espera de una llamada, de un cómo te encuentras, de un te echo de menos.

Capítulo 3

Acababa de levantarme, me di con la ventana de la cocina. Me toqué la frente para calmar el dolor y la abrí medio dormida.
Hace días que mi vecino, el que quema rastrojos en su jardín sin pensar en el peligro que conlleva no aparece por allí.
Los perros ladran sin fuerza, sin energía y la anciana madre de mi vecino no asoma la cabeza para mandarlos callar como de costumbre.
Es raro no encontrarlo arreglando la buganvilla o el limonero.

Hoy miércoles, el tiempo empieza a ser más gris, más frío. Las hojas de los árboles están comenzando a caer y mi vecino sigue sin aparecer.
Los perros ya apenas ladran y el jardín cada vez es más inquietante con ese estado de abandono.

Hoy jueves, he vuelto a asomarme por la ventana de mi cocina.
Escalofríos. Han aparecido mis botas de agua rojas en el jardín de mi vecino.